

vuestros mayores, que el testimonio de éste y de los pasados siglos, entonces nada más tengo que deciros, sino que Dios se apiade de vosotros.

Vuelvo ahora á departir exclusivamente con mis hermanos católicos, que veo más amantes que nunca de María de Guadalupe, porque me han oído recordar algunos, pues no me es posible enumerarlos todos, algunos de los intachables títulos en que nos fundamos para creer en la Aparición de la Virgen celestial. Y bien, decidme: quien cree en Ella de todas veras, ¿no espera por consiguiente en Ella, la Madre de los mexicanos, y espera con plenísima confianza, que le otorgará lo que racionalmente le pidiere? Sin duda alguna. Fuera de que esto es rigurosamente lógico y una verdad católica, viene á confirmarlo la misma palabra de María. Recordémosla: "Y es mi deseo, dijo al venturoso Juan Diego, que se me levante un templo en este sitio, donde mostraré como Madre piadosa tuya y de todos los mexicanos, mi clemencia amorosa, y la compasión que tengo de los que me aman y me buscan y de todos los que solicitaren mi amparo, y me llamáren en sus trabajos y aflicciones y donde oiré sus ruegos y sus lágrimas, para darles consuelo y alivio."

¿Donde oiré sus ruegos y sus lágrimas para darles consuelo y alivio! Ah, señores! No hay mexicano que no conozca esas palabras, que mil y mil veces se han repetido en este templo y en todo México, del uno al otro confín; y sin embargo, nunca se repetirán ni ponderarán bastantemente: ayer, hoy y siempre, fueron, son y serán gratas al oído, como un eco de los conciertos celestiales, y caerán siempre sobre el corazón, en sus horas de amargura, de desesperación y de lucha, como un bálsamo divino, que cura indefectiblemente toda humana dolencia y calma toda sequía borrasca.

Pero aun hay más, hermanos míos. La Iglesia, alumbrada por el Espíritu Santo, pone en boca de María de Guadalupe las siguientes bellísimas frases de la Santa Escritura, en las que,—cosa verdaderamente asombrosa,—se vé como profetizada desde hace muchos siglos, y descrita

rasgo por rasgo, la Virgen de México. Escuchad, os ruego, atentamente. "El Creador de todas las cosas me dijo: Habita en Jacob, y ten tu herencia en Israel, y en mis escogidos echa raíces. Y yo habité en las alturas, y mi trono sobre una columna de nube, y me arraigué en un pueblo á quien he llenado de honores, y en la porción de Dios que es su heredad. Fui enaltecida como el cedro sobre el Líbano y como el ciprés en el monte de Sion. Me he elevado como oliva vistosa en los campos y como plátano en las plazas junto al agua. Yo como vid, produje frutos de suave olor, y mis flores son frutos de honor y de riqueza. Yo soy la Madre del Amor hermoso, y del temor, y de la ciencia y de la santa esperanza. En mí toda la gracia del camino y de la verdad; en mí toda esperanza de vida y de virtud. Pasad á mí todos los que me deseáis y llenaos de mis frutos. Porque mi espíritu es más dulce que la miel y mi herencia más que la miel del panal. Se hará memoria de mí en las generaciones de los siglos. El que me escucha no será confundido, y los que obran por mí no pecarán."

Después de oír estos dulcísimos acentos, que no necesitan para nada de humanos comentarios, ¿qué nos resta sino exponer nuestras más apremiantes necesidades ante el trono de María de Guadalupe, y pedirle y obligarla—¿por qué no he de decir así, si es mi Madre?—con sus mismas palabras, á que nos dé el consuelo y el alivio, que nos tiene prometidos?

Más ya comprendereis, señores, que desde esta cátedra, yo no podría manifestar, aunque quisiera, nuestras incontables necesidades privadas: ni tengo tiempo para ello, ni ejerzo aquí sino un ministerio público. Todos vosotros, y lo mismo yo, traemos en lo más recóndito del alma una triste historia que contar entre suspiros y lágrimas á nuestra Madre; pero ella la oirá en lo particular, teniéndonos sobre su regazo y enjugando el llanto de cada uno de sus hijos.

Limitome por tanto, haciéndome el eco de mi Arquidiócesis y de la sociedad entera, á exponerle á María, no todas nuestras necesidades públicas, pues nunca

acabaría, sino aquellas que de un modo más vital afectan á nuestro modo de ser social y religioso, y á la autonomía é independencia de la Patria.

Nuestra Patria y vuestra heredad, como vos misma la llamais, ¡oh María de Guadalupe! está sufriendo á causa de nuestros pecados, rudísimos golpes, en lo que es más que su escudo de combate, en lo que es su corazón y su alma, y ahí en donde está todo el secreto de la fuerza y de la vida que le quedan: en su unidad religiosa. Bien conocen á México sus enemigos; bien los inspira la serpiente cuya cabeza aplastó un día vuestra planta, Virgen Purísima. No se equivocan al creer que el día en que se rompa por completo este vínculo de la unidad religiosa, que hace de todos los mexicanos como un solo hombre, la nacionalidad de México será una cosa fenecida y sus mortales despojos servirán de alimento á la insaciable voracidad de otra nación. "Todo reino dividido entre sí, será destruido," ha dicho la eterna Sabiduría.

Con ánimo de abrir brecha en la unidad religiosa, firmísima barrera de la Patria, están ahí las mil sectas disidentes del Catolicismo, cavando y minando poco á poco, pero con infernal constancia, ese nuestro mejor muro de defensa nacional. Envueltos, además, como ya estamos, en redes de acero por los jurados enemigos de nuestra raza, que día á día, adquieren por una escudilla de lentejas, nuestras más ricas minas y nuestros más fértiles campos, que día á día, arruinan más y más nuestro comercio, y matan nuestra industria y ejercen en todos nuestros asuntos públicos una influencia decisiva; no es aventurado, sino muy natural y lógico, el asegurar que ya se acerca á grandes pasos el tiempo, si Vos no lo impedís, Virgen de Guadalupe, en que tendremos que exclamar con el Profeta de las Lamentaciones: "Acuérdate, Señor, de lo que nos ha sucedido: repara y mira nuestro oprobio. Nuestra heredad ha pasado á forasteros: nuestras casas á extraños. . . . Nuestra agua por dinero la hemos bebido: nuestra leña por precio la hemos comprado. "Aquam nostram pe-

cunia bibimus: ligna nostra pretio comparavimus.

Es decir, que seremos extranjeros en nuestra propia tierra, y que no seremos dueños ni de las cenizas de nuestros antepasados! No, no, celestial Protectora de nuestro suelo. Vos misma habeis dicho que en Vos tengamos toda esperanza de vida: IN ME OMNIS SPES VITÆ; y puesto que se trata no de una conquista franca, como en los antiguos tiempos, á sangre y fuego, en cuyo caso, solo tendrían nuestros guerreros que venir aquí, á vuestros pies, á templar su valor y sus armas, y á triunfar ó morir como héroes, defendiendo con su pecho estos sacrosantos muros; sino, lo que es peor, de una conquista pacífica y por los medios y asechanzas más alevosas, por medio de la división de los ánimos, la compra de las conciencias, y la propagación del protestantismo; sólo en Vos esperamos nuestra salvación; porque sólo Vos podeis deshacer todas las pérfidas tramas de nuestros astutos enemigos; sólo Vos "que habeis extirpado todas las herejías que han aparecido en el mundo, como canta la Iglesia; CUNCTAS HAERESIS, SOLA INTEREMISTI IN UNIVERSO MUNDO, extirparéis como os lo rogamus fervientemente, no solo como católicos, sino como buenos mexicanos, porque entre nosotros la Religión y la Patria han venido á identificarse bajo muchos respectos; solo Vos, Señora, extirpareis el error protestante y todos los modernos errores que conspiran, lo mismo que aquel, haciéndose quizás inconscientemente sus aliados, á destruir la unidad religiosa, que, como queda demostrado, es el único poderosísimo resorte que mantiene en pie á nuestra infortunada Nación.

Sí, aliadas son de la propaganda protestante esas escuelas libre cultistas ó libre-pensadoras; toda vez que, después de proclamar el más monstruoso de los absurdos, la indiferencia en religion, ó lo que es lo mismo, la indiferencia entre el bien y el mal, entre la verdad y la mentira, entre el sí y el nó, se unen en antipatriótico consorcio con la escuela protestante en su odio á la religion de México, y en su rebelion contra la autoridad, principalmente de la I-

glesia Católica, á quien coartan su libertad de accion, y cercenan ó niegan sus más naturales é imprescriptibles derechos, y calumnian y b-fan, todo con la mira de descalotizar, y por lo mismo de dividir á los mexicanos, cuando más importa que se conserve entera la unidad religiosa, la fé de nuestros padres, único vínculo, única gloria, única fuerza que nos queda, único baluarte en que se estrellará siempre todo poder de extraño enemigo, por fuerte que sea.

Ahí está para testificar todo lo que vale la fé religiosa, la historia de todos los países, y sobre todo la de la que fué nuestra madre patria; la historia que declara agradecida, que cuanto hubo de más grande y heróico en la hidalga nacion española, cuanto causó el asombro del mundo y le dió un Nuevo Mundo, fué debido á su fé y á su unidad religiosas.

Unidnos, pues, más y más, ¡oh Virgen de Guadalupe! con la indisoluble, indestructible lazada de vuestro amor, de vuestros cultos, de la Religion divina, que Vos misma trajisteis á esta tierra de vuestra singular predileccion. Con el mismo fervor que os pedimos el exterminio de las herejías y del error, os pedimos, y áun con más fervor, si cabe, la conversion de los extraviados, nacionales ó extrangeros: hermanos nuestros son, en todo caso, y Jesucristo el Buen Pastor, nos ha enseñado á amarlos y á sentir el mayor regocijo, cuando vuelven á nuestras tiendas, al seno de la verdadera Iglesia.

Haced, ¡oh tierna Madre! que ningun mexicano permanezca indiferente á este movimiento religioso guadalupano, eminentemente patriótico; pues él es un fecundo principio de regeneracion social, de donde fluirá, natural y espontáneamente, la del todo necesaria enmienda de tantos desastrosos yerros públicos como se han cometido, de tantas aberraciones como han orillado á la muerte á esta de-graciada cuanto cara Patria; y de donde fluirá, asimismo, la paz pública, de todo punto necesaria para el verdadero progreso y engrandecimiento de los pueblos; no esta efímera paz de los sepulcros, sino la que provenga de la conciencia de nuestro propio valer, y que tenga por sólida base la

union y la armonía de unas mismas creencias y de unas mismas aspiraciones, en todos y cada uno de los individuos de la gran familia mexicana.

Más lo que entraña, sobre todo, como elemento esencial de nuestra regeneracion, este movimiento religioso, esta conversion sincera hácia Vos, ¡oh Madre de los mexicanos! es la radical reforma de las costumbres, que es la más imperiosa de nuestras actuales necesidades. ¡Ah! no es posible acercarse á Vos, arrojarse á vuestros piés, y proclamaros Reina de nuestras almas, sin que éstas para ser dignas de Vos, sientan al punto el estrechísimo deber de purificarse por la penitencia. ¿Quién se atrevería á llamarse verdadero devoto vuestro, si ante todo, no lavara sus manchas á los piés de Jesucristo, en la saludable piscina de la confesion sacramental por El mismo establecida? Por eso, es evidente que si nuestra nacion se os consagra por completo, como lo ha jurado solemnemente, su amor cada día más grande y ardiente hácia Vos, curará por fuerza esa espantosa lepra de los vicios, que bajo sus más asquerosas formas, está á la vista de todos y carcome horriblemente en estos momentos, como nunca, el cuerpo social, y abate y envilece los caracteres y mata todo espíritu público, señales indefectiblemente precursoras de la disolucion de las naciones como lo sabe todo el que ha saludado siquiera la historia.

Benedicid, pues, ¡oh Señora! la nueva era de regeneracion que ha comenzado para México, y pronto cosecharémos ópimos, abundantes frutos; haced que florezcan por todas partes las sencillas y santas costumbres de nuestros padres; que brillen aquí y allí, y por doquiera, las excelentes virtudes cristianas, á fin de que este pueblo mexicano, que es el vuestro por especial amor, recobre la virilidad y vigor incontrastables que tanto necesita; para que pueda así, teniendos siempre á Vos por caudillo, poner un día, muy alto ante el mundo, el nombre de la Patria, y franquear despues, abiertas por vuestra propia mano, las puertas de otra Patria mejor, la de nuestro Padre que está en los cielos. FIAT, FIAT.

COLECCION

DE

DOCUMENTOS ECLESIASTICOS.

IMP. DE N. PARGA.

RESP., TOMAS GONZALEZ.

TOM. V.

GUADALAJARA, MAYO 22 DE 1887.

NUM. 34.

SECCION I.

CARTA DE SU SANTIDAD LEON XIII.

A LOS OBISPOS BELGAS.

“La carta que vos y los otros obispos belgas Nos habeis dirigido últimamente, Nos ha causado un vivo placer, y éste no ha sido menor al ver lo que todos habeis dicho á vuestro pueblo del Norte, acerca de Nuestro quincuagenario sacerdotal.

“Fácil es ver en uno y otro documento el celo episcopal que abriga ca la uno de vosotros y particularmente la fidelidad y adhesion que profesais hácia el Soberano Pontífice.

“Nosotros mismos hemos sido testigos en otra ocasion, estando entre vosotros, de estas virtudes, y nos complace ahora recordarlo.

“Tiempos más calamitosos y turbulentos han sucedido ciertamente á aquella época, y no ignoramos cuán numerosos son los que tratan de pervertir las costumbres de vuestros ant pasados y los medios que emplean. Sin embargo, cuando en el fondo de nuestro corazon, Nos ocupamos como tenemos costumbre, en la salud de vuestra patria, descansamos en la bondad y el auxilio de Dios, y en la actividad del Clero, á quien vosotros inspirais, venerables hermanos, y á quien no falta ni la perspicacia para pre-venir los peligros, ni la constancia para rechazarlos.

“El quincuagésimo aniversario de nuestra ordenacion sacerdotal, es un don gratuito que Dios ha querido añadir á los grandes beneficios que Nos ha hecho.

“Si los sentimientos y el ardor que este acontecimiento ha hecho nacer entre los pueblos Nos son muy agradables, sabemos de dónde vienen y cuál es el objeto á que tienden, y daremos gracias unidos al pueblo cristiano, puesto que no podemos hacerlo por Nosotros mismos, por la premienencia en que Dios nos conserva.

“Nos deseamos, queridos hermanos, que esta carta os testifique Nuestro profundo reconocimiento y benevolencia particular, y como prenda de estos sentimientos y como augurio de los beneficios celestes, recibid cada uno de vosotros la bendicion apostólica que os damos, con Nuestro amor en Jesucristo, á vosotros, al clero y al pueblo entero.

“Dado en Roma cerca de San Pedro, el 23 de Enero de 1887, año noveno de nuestro pontificado.”

LEON XIII, PAPA.

ALOCUCION

de nuestro S. P. el Papa Leon XIII.
pronunciada en el Consistorio
del 14 de Marzo de 1887.

“Venerables hermanos:

“Vuestra presencia que Nos es como siempre muy deseada y grata, tiene sin embargo hoy para Nós cierto motivo de tristeza. Porque al contemplaros Nuestros ojos buscan en medio de vuestra ilustre asamblea á varios de los que, muertos recientemente en un breve intervalo, Nos han dejado viva memoria de su prudencia y de su virtud.

“Nos les conservamos un afectuoso recuerdo. Pero hacia vosotros, Venerables